

PRELUDIO

En la sala de partos del hospital, bajo la luz de un foco, el médico y la comadrona pensaron que era una niña bien hecha. Su madre, una mujer de aspecto corriente, no llegó a verla. Más tarde, en la habitación, una monja se acercó a la cama y le acarició el pelo. No ha sobrevivido al parto. ¿Era una niña? Te recuperarás.

Lloró en voz baja sin darse cuenta de que su llanto y el del bebé hacían eco. Tenía diecinueve años y había llegado a Bilbao tres años atrás para trabajar en un taller de costura.

Fuera caía una fina lluvia que no cesó hasta el atardecer. Sirimiri, te moja aunque lleves paraguas.

Un jueves por la mañana del otoño de 2012 bajé al portal a recoger las cartas. Cuando salí del ascensor me resultó extraño que una mujer morena, de aspecto agradable, estuviese mirando detenidamente los buzones.

Hola, ¿te puedo ayudar? Perdona, no quería asustarte. ¿Sabes si en este edificio hubo alguna vez una clínica de maternidad? No lo sé, la verdad es que no me suena. No soy de aquí, pero le puedo preguntar a mi marido porque su abuela, que ya murió, vivió toda su vida en este barrio. Te lo agradecería, me haces un gran favor. Creo que se llamaba Espartero, como la calle antes de que cambiasen el nombre. Me anotó su número de teléfono en un recorte de periódico y me quedé sujetando la puerta mientras cruzaba el portal y me decía adiós.

Subí a casa sin abrir el buzón mirando el papel que tenía en la mano. Ana.

Efectivamente, la calle en la que vivo cambió de nombre en 1979. Sin embargo, nadie me supo decir si en los años 60 hubo una clínica de maternidad en el vecindario. Alguna consulta privada sí, pero clínicas de partos por esta zona no recuerdo. En Alameda Mazarredo hubo una, eso seguro. Cerró hace ya muchos años. ¿Y sabe cómo se llamaba? Déjame pensar. ¿Podría ser Espartero? No, Espartero no era.

Un par de días más tarde la llamé por teléfono y le conté que no había averiguado nada. Ya lo siento. Gracias de todas formas. Estoy intentando encontrar a mi verdadera madre, debía ser muy joven cuando me tuvo. Solo sé que nací en esa clínica en 1966 y que desde allí me llevaron a Madrid. Poco antes de morir, mi madre me contó lo de mi adopción y mencionó a un médico y a unas monjas que entregaban recién nacidos a familias acomodadas. ¿Y no te dijo quién era? Ya no se acordaba. El problema es que no he encontrado ningún documento que lo demuestre. Además, en mi partida de nacimiento no figura que sea adoptada. Y de tu padre biológico, ¿tampoco sabes nada? Seguramente no estarían casados. Ya, pues ojalá tengas suerte y consigas encontrarla. Es muy complicado, pero no pienso tirar la toalla, por mucho que intenten taparlo. Me parece increíble, la verdad es que no tenía ni idea de que esto pasaba. Ni te imaginas la de casos que hay como el mío.

El pajar se quedó a oscuras. Intentaba encontrar la aguja.

PRIMAVERA

La madre de Ana se llamaba Carmen. Había nacido en Jaraíz de la Vera en una época en la que las niñas aprendían a planchar y a coser para sus muñecas. Aunque su hermano había ido al colegio, y también varias de sus amigas, fue su madre quien le enseñó a leer y a juntar las letras para escribir palabras. Y a sumar y saber si le daban bien las vueltas del pan. Sus recuerdos de infancia eran recuerdos de olores y sensaciones, de ropa tendida secándose al sol, de pimentón, de aceite, de agua brillante y de cantos rodados bajo los pies. De días sin prisa y noches tranquilas. De juegos y canciones, pero también de frío en invierno.

Anda, echa más leña a la estufa, que dan heladas muy fuertes. Ven un poco. Quiero hablar contigo. Carmen miró a su madre y leyó palabras de despedida. Es lo mejor para ti. Tienes que aprender un oficio y ser capaz de ganarte la vida cuando estés bien preparada. Yo no he podido, aunque hubo un tiempo en que las cosas fueron distintas. Algún día lo entenderás.

Dos semanas más tarde, mientras el pueblo se iba haciendo pequeño, Carmen intentó no llorar. Atrás quedaban la silueta de su abuela Eugenia, arrugada y oscura, sosteniendo la mirada húmeda mientras le daba una caja de galletas y el inesperado abrazo de su hermano Luis, tan mayor, tan lejano. Y sobre todo, las precisas instrucciones de su madre. Primero vas hasta

Cáceres, luego a Madrid. Cualquier problema que tengas, lo que sea, me llamas. Tienes dinero. Da igual la hora. Vas a estar bien, aunque te cueste al principio. Te estará esperando la tía Luisa. Esa noche te quedas en su casa. Después te acompaña hasta la estación y allí coges el autobús para Bilbao. Begoña es su mejor amiga, va a cuidar de ti como si fueses su hija.

Carmen recordaba muy bien el día de su llegada. Un domingo de invierno y un cielo azulado. De hecho pensó que se había equivocado de autobús o de ciudad, porque en Bilbao llueve todos los días, le había dicho su tía. Al bajar, una sonrisa aligeró su equipaje. Hola Carmen, soy Begoña. Cómo te pareces a Luisa. ¿Te ayudo? No, muchas gracias, voy bien.

La casa de doña Begoña no era grande y estaba llena de fotos de familiares y amigos. Muchos se han muerto, a alguno lo mataron durante la guerra. De este no sé nada. Pero de vez en cuando me gusta mirar sus caras. Que todo se acaba olvidando. Mira, aquí está Luisa conmigo en Madrid. Somos buenas amigas. Nos entendemos bien. Ya le he dicho a tu tía que tres días a la semana irás al taller de Rosita para aprender a coser. Que coser es un arte y ella una artista. El resto del tiempo me ayudas con la plancha y la cocina. El domingo y el jueves por la tarde para lo que tú quieras. Esta es tu habitación. Comemos juntas y así ves el Telediario. Hoy no te acuestes tarde, que Rosita te espera mañana. Y no me llames doña Begoña.

La primera vez que oí hablar de nuestros niños robados fue leyendo un artículo de Benjamín Prado que apareció en El País el 16 de enero de 2009. ¿Será usted un

niño robado por el franquismo? Lo leí con incredulidad al principio y más tarde con espanto. Por aquel entonces mi hijo estaba a punto de cumplir siete años. Recuerdo que pensé en el horror que sería no verle crecer. Ahora, mientras escribo trato de imaginar la angustia que la duda genera. Veo con impotencia cómo se escapa el tiempo. Pienso en las heridas que se cierran en falso y que antes o después aparecen de nuevo como edificios que crecen sobre cimientos inciertos y que terminan cayendo. Cierro los ojos pero no consigo recordar la cara de Ana. Sé que tiene el pelo rizado.

En el taller de doña Rosita aprendió bien y rápido. Al principio las compañeras le parecieron muy distintas a sus amigas. Dos de ellas eran hermanas. Inés tenía su misma edad y manejaba muy bien los patrones. A Luisa se le notaba que estaba de paso. Era algo mayor y llevaba poco tiempo casada. Aunque en ese momento no lo sabía, en verano tendría una niña.

El ojo derecho de doña Rosita era Isabel. Su padre había vivido muchos años en Hendaya y su madre, bilbaína de nacimiento, se había criado en Barcelona. Hablaba francés con soltura y lo demostraba cada vez que tenía ocasión. Su madre le había enseñado catalán, pero fuera de casa no lo practicaba. Fue ella quién le abrió la puerta cuando tocó el timbre. Hola, pasa. Tú debes de ser Carmen. Sí, me manda doña Begoña. Yo soy Isa. Puedes colgar el abrigo en el perchero. ¿Cuelgo también el sombrero? Qué pelo más bonito tienes, me encantan tus rizos.

Doña Rosita era una mujer de edad indefinida. Hay unos años en los que tener cuarenta y tantos o cincuenta y pico depende mucho del estado de ánimo, y Rosita

tenía días malos o buenos dependiendo de si su marido volvía a casa tarde o temprano. Siéntate al lado de Inés y mira cómo trabaja. Cuando ella te diga le echas una mano. Por el momento no cortes la tela. Carmen miró a su compañera y supo que serían buenas amigas.

Mujeres para Dios, para la Patria y para el hogar. Un retrato de mujer en diez palabras. Lo firma Pilar Primo de Rivera, la delegada nacional de la Sección Femenina, la hermana de José Antonio, el fundador de Falange Española. No existe el azar, todo está controlado. Durante cuarenta y tres años muchas mujeres españolas comparten un ideal. Quieren parecerse a la mujer del retrato. Pero también hay muchas que no. Y estas lo tienen muy complicado, prácticamente imposible.

Cuando se disolvió la Sección Femenina en 1977 yo tenía once años. Recuerdo el intento frustrado de un profesor que quiso que mi mano izquierda abandonase la escritura y el dibujo. Recuerdo también la clase de costura a la que asistí porque era niña y no niño. Pero el resto de imágenes de colegio que guardo en el corazón son parecidas a las que, creo, tendrá mi hijo. Nací lo suficientemente tarde. Supongo.

Carmen estaba contenta. Los domingos después de comer esperaba la llamada puntual de su madre. ¿Qué tal en el taller? Bien, estoy aprendiendo mucho. De eso se trata, hija. ¿Estás a gusto con doña Begoña? Sí, dice que me parezco a la tía. ¿Está mejor la abuela? Ya empieza a levantarse aunque todavía no sale a la calle, hace demasiado frío. La echo mucho de menos. Os llamaré en Nochebuena, antes de cenar. A ver si puedes venir en Semana Santa. Y no faltes a misa.

Los niños a estudiar y las niñas a coser. Así debe ser.

El arte de coser fue durante muchos años una de las escasas opciones que se ofrecían a las mujeres que querían aprender un oficio con la esperanza, en un futuro, de poder ganar un salario. La formación comenzaba en la infancia. Desde muy pequeñas, las niñas aprendían a enhebrar la aguja para hacer dobladillos o zurcir calcetines.

A Begoña le encantó el vestido. Siguiendo el consejo de doña Rosita, compró la tela en Gacela. Carmen apenas había tenido tiempo para conocer la ciudad y ese paseo hasta la calle Víctor le permitió descubrir que, pese al agua color chocolate de la ría o al cielo plomizo que no le gustaba mirar, Bilbao tenía también puentes, árboles y jardines. Cuando pasó junto al Teatro Arriaga se alejó un poco y pensó que algún día le gustaría estar dentro.

El regalo de Begoña fue una sorpresa. Yo ya no la uso, ya ves que está nueva. Hace poco le cambié la correa.

Fueron sus primeras navidades en Bilbao, lejos de casa, pero no se sintió sola.

Los días se hacían semanas y las semanas meses. Poco a poco, Carmen se fue adaptando a la ciudad y a su nueva forma de vida. Los domingos por la mañana solía ayudar a Begoña en la cocina y después iba a misa de doce. Por la tarde quedaba con Inés para dar un paseo y ver escaparates. Rara vez iban al cine. Hablaban de la familia, de doña Rosita y de su ojo derecho. Dice que va a ir a París. Como Balenciaga.

Soñaban juntas pero tenían sueños diferentes. Al igual que su hermana, Inés había ido al colegio hasta los catorce años. Me habría encantado ir a la universidad como mis hermanos, son abogados los dos. Le gustaba Juan, el hijo de los vecinos de arriba. Estudia en la Escuela de Ingenieros. Casi no le veo, yo creo que sale muy poco. Claro, son carreras tan duras. Carmen soñaba con abrir algún día su propio taller. Y me encantaría tener hijos. Un niño y una niña. O al revés.

¿Duermes? No, sueño despierta.

Poco después de cumplir dieciocho años, Carmen empezó a trabajar oficialmente para doña Rosita. Siguió planchando para Begoña. Ya sabes que aquí tienes siempre tu habitación. Con lo que ganas puedes ir ahorrando y algún día podrás irte a vivir sola. Muchas gracias Begoña, es usted muy buena conmigo. Estás muy guapa, te queda muy bien el pelo suelto. Eso dice también mi madre. Ya sabe que el jueves llegaré tarde.

Durante los años que duró la Sección Femenina, se impuso una moral cristiana que desdeñaba tanto a las mujeres solteras impuras como a las esposas infieles. Sin embargo, el hombre era muy libre de satisfacer sus deseos sexuales más allá de las fronteras del lecho conyugal. La esposa debía entender y apoyar las necesidades fisiológicas y espirituales de su marido asumiendo que el verdadero disfrute no estaba en el sexo sino en producir nueva vida. Así eran las reglas de un juego en el que unos ganaban y otras perdían.

Nunca se arrepintió ni se sintió engañada porque se enamoró sin esperar nada a cambio. Era bastante mayor que ella y sabía que estaba casado. Simplemente no hablaron de ello. Vino a probarse el traje y, casualidad, fue ella, y no Isa, quien abrió la puerta. Se vieron casi todos los jueves durante casi un año. La última tarde todavía no lo sabía. En un café apartado se dieron la mano sin mirarse a los ojos. Me han trasladado a Madrid. Voy a trabajar en el Ayuntamiento. El alcalde es un buen amigo de la familia. Al despedirse le dijo que no se volverían a ver. No hubo besos ni caricias. Solo un largo silencio. Ojalá hubiese nacido antes. No quiso decir nada.

Esa noche Carmen le preguntó a Begoña que quién era Carlos Arias Navarro. Para ser alcalde será buen amigo de Franco.

En febrero de 1965 Pilar Primo de Rivera recibía de manos del alcalde de Bilbao, Javier de Ybarra Bergé, la medalla de oro de la Villa que la Corporación Municipal había concedido a la Sección Femenina. No era la primera distinción que se le otorgaba. Casi cuatro años atrás, en octubre de 1961, en el Hogar Isabel Clara Eugenia de Auxilio Social en la calle Hortaleza de Madrid, dos mujeres enfrentadas, la delegada nacional de la Sección Femenina y la fundadora de Auxilio Social, Mercedes Sanz Bachiller, serían agasajadas con la Gran Cruz de Beneficencia.

Inés se dio cuenta enseguida pero no dijo nada. No fue la única. Carmen era una mujer de constitución ancha, se parecía mucho a su abuela. Cuando Begoña no estaba, pasaba largo tiempo mirando el reflejo de su cuerpo desnudo en el espejo del baño. Cambiaba

despacio. Al principio perdió el sueño y el apetito. Su angustia repercutió en su trabajo. Carmen, el jueves no libras que a este paso no acabas nunca.

Begoña estaba preocupada, le extrañaba que Carmen se quedase en casa los jueves por la tarde, que no se arreglase como antes. No esperó mucho para hablar con ella. Carmen, te noto rara, ¿te pasa algo? Anda, siéntate aquí conmigo y me cuentas. Pero no le diga nada a mi madre que se moriría del disgusto y sobre todo de la vergüenza. No hizo falta explicar mucho más. ¿Y el padre? Está casado. Además ya no vive en Bilbao. No lo sabrá nunca. Begoña, quizás no me comprenda pero yo quiero tenerlo. Pero hija, ¿no te das cuenta de que no estás casada? Puedes renunciar al niño, hay sitios. Me puedo enterar. No, por Dios. Ya encontraré la manera de criarlo.

Begoña empezó a tejer un jersey mientras pensaba en cómo se complican las cosas.



Hasta 1985 el aborto inducido estuvo totalmente prohibido en nuestro país. Tan solo se permitió en Cataluña durante un breve paréntesis en plena Guerra Civil. Sin embargo, durante los años 60 hubo muchas mujeres que, de forma clandestina, tuvieron que arriesgar su libertad, su salud e incluso su vida para poner fin a un embarazo que no deseaban o no se podían permitir. En la década de los 70 y 80 numerosas jóvenes españolas viajaron a Holanda, Portugal, Francia y, sobre todo, a Inglaterra para que les fuese practicado un aborto sin despertar sospechas y sin riesgo de ser encarceladas. Eran viajes caros y cortos, viajes de fin de semana que muy pocas se podían permitir.

La desesperación es el blanco del engaño. Como la ignorancia.

Inés no tuvo que preguntar. Fue Carmen quien se lo dijo una tarde después del trabajo. Ya lo sabía, estás distinta. No es que se te note mucho, no es solo eso. En el taller nadie ha comentado nada. Lo he pasado muy mal, pero ahora estoy más tranquila. Hablé con Begoña y, aunque está disgustada, me apoya. ¿Y tu madre? No se lo he contado, lo haré cuando nazca el niño. Estoy segura de que sabrá perdonarme. ¿Ya has pensado dónde vas a tenerlo? Begoña ha hablado con una amiga, le ha recomendado la clínica Espartero.

Durante todo el embarazo Carmen visitó al médico una vez. Begoña la acompañó. Fueron andando pero apenas hablaron durante el camino. Le agradezco mucho que venga conmigo. La visita fue breve, una exploración rápida y distante y varias preguntas concretas con

respuestas concisas. ¿Quién es el padre? Él no sabe nada. ¿Y su familia? Tampoco, solo se lo he dicho a mi mejor amiga y a doña Begoña. ¿Ha tenido alguna enfermedad que recuerde? No sé, creo que la varicela. De pequeña me rompí un brazo. En principio está todo bien, faltan doce o trece semanas.

La legalización de la píldora en España no se produjo hasta octubre de 1978. Paradójicamente, la prescripción de anovulatorios como tratamiento ginecológico para regular el ciclo menstrual se venía haciendo desde mediados de los 60. Las rígidas normas morales que durante demasiado tiempo beatificaron la procreación y condenaron cualquier método de control de natalidad habían calado muy hondo. Las mujeres mostraban su reticencia a la hora de tomar una medicación para muchos endemoniada y que además se publicitaba con mensajes alarmantes. Puede ser mortal. Puede producir cáncer. Puede provocar calvicie. Serán necesarios más años y más cambios en la mentalidad de la mujer española para que el consumo legal de la píldora se convierta en un consumo confiado.

La tía de Carmen estaba al corriente de todo. Begoña había hablado también con ella. ¿Llevaste a la niña al sitio que te dijeron? Tu hermana no sabe nada, Carmen no se lo ha dicho. Mucho mejor así.

Aunque Carmen disimulaba su estado, aunque entre sus compañeras nada parecía distinto, una madre soltera tarde o temprano sería la comidilla del barrio, el centro de las miradas durante la homilía y un mal reclamo para una clientela fiel a un taller de costura cuya

reputación era intachable. Porque doña Rosita era ante todo una mujer modélica y admirada por ello. Es una santa, con lo que tiene la pobre. Pese a trabajar fuera del hogar familiar, jamás descuidaba sus quehaceres domésticos. Se había casado en diciembre de 1935, cuando la mayoría de sus amigas pensaban que se quedaría soltera. Su marido, un hombre poco hablador, no había conseguido superar las secuelas emocionales y físicas de las graves heridas causadas por la explosión de una granada mientras luchaba en Asturias. Aunque había apostado por el bando ganador, se sentía perdido cuando volvió a casa.

A doña Rosita le habría encantado coser para sus propios hijos, pero la guerra truncó sus planes. Durante tres largos años tuvo que cuidar de un hombre al que ya no conocía y con el que nunca podría tener descendencia. Lo he pensado mucho y creo que nos vendría bien que trabajase de modista. En casa y solo por las tardes. Seis meses después compraría dos máquinas Alfa y tomaría medidas a su primer cliente en un piso herencia de su suegra. El traje estará listo el jueves. Para el vestido de comunión de su hija le puedo recomendar una modista muy buena. Dígale que va de mi parte.

Los tres últimos meses no fueron buenos para Carmen. Se le cargaban mucho las piernas y le costaba estar tanto tiempo seguido sentada. Además, necesitaba ir al baño con demasiada frecuencia. Doña Rosita no decía nada, de vez en cuando la observaba en silencio.

Luisa, la hermana de Inés, había tenido una niña y ya no trabajaba con ellas. Una mañana les hizo una visita. Qué bonita es, se parece mucho a ti. El faldón se lo he hecho con la tela que me regaló. Sí, ya me había fijado. Si

quieres, cuando estés más organizada, te vienes unas horas por la tarde o por la mañana. Puedes traerte a la niña, por eso no te preocupes. Se lo agradezco mucho, lo hablaré con mi marido.

Cinco semanas antes de romper aguas, doña Rosita habló también con Carmen. Le dijo casi todo lo que hasta entonces había callado. El negocio no va igual que antes, ya te habrás dado cuenta. Voy a tener que prescindir de ti. Inés e Isabel llevan más tiempo que tú. Y si Luisa no vuelve, ¿no podría quedarme? No, Carmen, no puede ser. En todo caso buscaría una aprendiz. De verdad que lo siento. Si te parece, acabas esta semana.

En el taller la curiosidad no tenía voz. Se escuchaba una canción de los Beatles. No se sabían la letra. Fuera, las señoras de bolso y zapatos a juego iban a misa muy bien vestidas. Se acercaba el otoño.

Carmen llegó a casa de Begoña antes de lo habitual. Había intentado no llorar por el camino, pero al cruzar la puerta se tapó la cara con las manos. Pero, ¿qué te ha pasado? No me asustes. No voy a volver. Doña Rosita no quiere que vuelva. Toma el pañuelo y sécate esas lágrimas, que será un malentendido. No, sé que no. Si hubiese hablado con ella, si se lo hubiese contado. No llores. Pero no me atreví. Escúchame Carmen, Rosita ya lo sabía. Se lo conté yo hace dos meses. ¿Lo sabe mi tía?

Begoña salió pronto después de comer. Primero fue al taller de su amiga, después dio un largo paseo y abstraída compró unos pasteles.

Llovía intensamente. Se metió en la iglesia.

El viernes Isabel la esperó en la puerta y le tendió el sombrero. Aunque nunca hemos sido amigas te echaré mucho de menos. Carmen la miró sorprendida. Espero que puedas cumplir tu sueño.

Las últimas semanas fueron complicadas, se llenaron de mentiras. Si madre, ya estoy mejor. Habrá sido algo que he comido. No, tenemos mucho trabajo. Estamos con la nueva temporada y siempre hay muchos encargos.

Carmen apenas salía a la calle. Inés se acercaba a verla siempre que podía. Qué pálida estás. A ver si te da un poco el aire. Si quieres damos un paseo juntas, que a mi me da igual cómo te miren. No me apetece. El jueves bajé a la farmacia y me atendieron como si no me conociesen.

Ahora que no trabajaba en el taller tenía más tiempo para imaginar cómo sería su vida cuando empezase el otoño. Se sentía más viva que nunca. No le importaban las miradas esquivas. Además ya no queda nada. Había vuelto a trabajar para Begoña. ¿Por qué no dejas la plancha para mañana? Anda, descansa un rato y no olvides el vaso de leche.

Por la noche pensaba en su madre hasta que se quedaba dormida.

Begoña, creo que con lo que he aprendido con Doña Rosita podría trabajar de modista. Tengo la máquina que me regaló. No sé, lo mismo en alguna tienda necesitan a alguien para coser los arreglos. Aunque al principio gane poco. Ahora no, claro, nadie me va a coger en mi estado. Pero luego será distinto. Sabe, anoche soñé que era una niña.

¿Estás nerviosa? Sí, un poco. Imagino que es normal, supongo que yo también lo estaría. Pero no tengo miedo, Inés, tengo ganas de que llegue el día. ¿Has elegido algún nombre?

Existen unas palabras de Pilar Primo de Rivera que recogen muy bien la esencia de su pensamiento:

Las mujeres nunca descubren nada. Les falta, desde luego, el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles, nosotras no podemos hacer nada más que interpretar mejor o peor lo que los hombres han hecho.

Tenía treinta y seis años cuando las pronunció en el Primer Congreso Nacional del Servicio Español del Magisterio, en febrero de 1943. Llevaba casi una década al frente de la Sección Femenina.

Aceptar que esta matriz ideológica sea voz de mujer produce cierta extrañeza.

¿Existe el mesías? Entonces habrá fieles.

El texto que a continuación reproduzco se publicó en mayo de 1939:

A la mujer se le atrofia la inteligencia como las alas a las mariposas de la isla de Kerguelen, ya que su misión en el mundo no es la de luchar en la vida, sino acunar la descendencia de quien tiene que luchar por ella.

Estas líneas forman parte de las conclusiones de un estudio llevado a cabo sobre un grupo de cincuenta

presas políticas de la cárcel de Málaga, treinta de las cuales estaban condenadas a muerte, diez a reclusión perpetua y siete a penas de entre diez y veinte años. Su autoría corresponde a Antonio Vallejo-Nájera, jefe de los Servicios Psiquiátricos del Ejército y director del Gabinete de Investigaciones Psicológicas de la Inspección de Campos de Concentración, y a Eduardo Martínez, teniente médico, director de la Clínica de Psiquiatría de Málaga y jefe de los Servicios Sanitarios de la Prisión Provincial.

Los resultados del estudio fueron publicados en la Revista Española de Medicina y Cirugía. Año II, nº 9 de mayo de 1939, bajo el título Psiquismo del Fanatismo Marxista. Investigaciones psicológicas en marxistas femeninos delincuentes.

Las islas Kerguelen se llamaban Islas de la Desolación antes de que cambiaran de nombre.